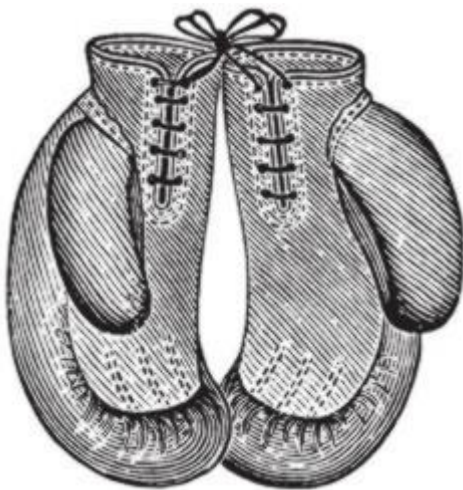


EL TRÍO DE LA DAMA NEGRA



Capítulo 17

O TODOS O NINGUNO



La pelea con los gamberros de la tarde anterior había dejado algunas marcas: Sherlock tenía un cerco oscuro alrededor del ojo izquierdo y un corte en el labio superior, mientras que Lupin se había despellejado superficialmente un costado, donde también tenía un feo hematoma que hacía sus movimientos más rígidos que de costumbre.

Ambos estaban descamisados y tenían la piel cubierta de gotitas de sudor. El físico de Lupin era magro y perfectamente moldeado, como si estuviera esculpido, mientras que Sherlock era tremendamente delgado. En su piel clara se veían las venas hinchadas de los bíceps y las manos.

Sherlock fue el primero en desenrollarse las gasas que le vendaban los puños, pero lo detuve.

—¿Qué haces? —le pregunté—. No iréis a dejarlo por mí, ¿verdad?

Él me miró fijamente, respirando despacio, con las sienes latiéndole furiosamente. Me volví hacia Lupin.

—¿Puedo probar yo también?

Rio. Me miró con los ojos muy abiertos y por fin comprendió que hablaba en serio.

—No he dado un puñetazo en mi vida... —dijo sonriendo—. Quizá sea hora de que aprenda, ¿no crees?

Sherlock adelantó el mentón antes de responderme y escupió en su mano el protector de dientes rudimentario que llevaba.

—Con nosotros siempre estarás segura... Ayer nos cogieron por sorpresa —dijo antes de nada.

Le sonreí. No había nada que hacer, con él no servían de nada las formalidades.

—En todo caso, estoy bien —le dije.

—Ya lo veo —dijo él.

—Tú, en cambio... —sonreí.

—Estoy perfectamente, no creas.

—Tus guantes, Irene —dijo Lupin tendiéndome las vendas—. Dame las manos. Te enseño cómo se hace.

Le dejé envolverme los dedos con las vendas, protegidos por una capa de algodones, y luego, cuando terminó, me golpeé los puños uno contra otro.

Noté que Théophraste Lupin nos estaba observando desde la galería de la casa y me acerqué con desenvoltura al saco colgado.

Sin preguntar nada a nadie, como una perfecta fanfarrona, me apresté a dar el primer puñetazo de mi vida. Puse en él todas mis fuerzas y... ¡sentí un gran dolor en la mano, mientras que aquel maldito saco se movió, más o menos, un milímetro!

Más tarde nos sentamos en corro, agotados por los saltos a la comba y los ejercicios que Lupin nos había obligado a hacer. Había llegado el momento de hablar.

—Solo una cosa es segura —empezó Lupin—. Mejor dicho, dos.

La mirada de Sherlock no parecía tan convencida.

—La primera es que en este asunto está también implicada gente de aquí, de Saint-Malo. Por lo tanto, no es simplemente una historia de forasteros, como habíamos pensado.

—¿Y la segunda? —le pregunté.

—Que ahora nos lo han hecho entender.

—¿Hablas de los chicos de ayer? Pero ¿quiénes eran? —volví a preguntar. Lupin y Sherlock menearon la cabeza.

—No sabemos quiénes son.

—Pero ellos sí —observé—. Por lo que parece, están organizados, y nos seguían desde hacía días.

—No estaría tan seguro... —dijo Sherlock—. Puede ser, en cambio, que sean granujas insignificantes y que simplemente nos hayan oído hablar en el Hôtel des Artistes.

Recordé el ruido de pasos a la carrera que había oído el día anterior en el vestíbulo del hotel y se lo conté. Ese detalle parecía confirmar la teoría de Sherlock.

—Spirou, el único al que reconocí... —dijo Lupin—. Es pinche de cocina. Puede que corriera a advertir a los demás y el tonto de su jefe decidiera tendernos una emboscada...

—Tal vez —lo interrumpió Sherlock, dubitativo—. O puede que el jefe de la panda sea solo el esbirro de alguien y fuera ese alguien quien dio la orden de prepararnos la encerrona.

—¿Alguien? —repetí, un tanto confundida por las palabras de Sherlock—. ¿Y quién sería ese alguien?

—No lo sabemos. Pero probablemente alguien más importante y más peligroso. Alguien que, a diferencia de esos gamberrillos, es lógico imaginar que está implicado en el caso Lambert o en el robo del collar —conjeturó Sherlock.

—No sé si tienes razón —comentó Lupin—. Pero, a quienquiera que esté detrás de esta historia, ¡ahora nosotros le hemos mandado nuestro mensaje a fuerza de trompazos!

Sí, pensé, los gamberros habían creído, probablemente, que se las veían con dos petimetres de ciudad y, en cambio, habían topado con huesos duros de roer. Pero también era cierto que, sin la intervención resolutiva del señor Nelson, posiblemente a aquella hora no habríamos estado allí hablando, con solo unos pequeños moratones.

Me masajee los dedos doloridos. No me había gustado eso de dar puñetazos, pero estaba contenta de haberlo hecho. Me sentía más ligera.

—¿Tenemos un plan? —pregunté tras un largo rato de silencio. Todo lo que habíamos dicho era acertado, pero no hacía progresar ni un paso la investigación.

—Spirou —concluyó simplemente Sherlock.

—¿Es decir?

—Es el único del grupo al que conocemos —dijo Lupin—. Y también uno de los posibles eslabones débiles. No sé lo implicados que estarán Spirou y los demás, pero, en todo caso, parecían saber más que nosotros.

Sherlock trazó una serie de pequeños surcos en la tierra con una ramita seca.

—Además, sabemos dónde vive, su padre es pescador y duermen en una casita justo a la entrada del puerto.

Esperé a que Sherlock expusiese el resto del plan. Era mucho más sencillo de lo que imaginaba.

—Sigámoslo —dijo— y veamos lo que hace cuando no trabaja en la cocina del Hôtel des Artistes.

—Si nos conduce a una guarida de malhechores que hablan de Lambert o collares robados... —prosiguió Lupin. —¡La cosa está hecha!

Yo meneé la cabeza.

—Me parece bastante peligroso. ¿Y si nos ven?

—No nos verán —respondió Lupin con seguridad—. Nos disfrazaremos. Y además... Sherlock es muy bueno siguiendo a alguien sin llamar la atención lo más mínimo.

—Y te garantizo que Lupin no lo es menos —añadió Sherlock.

Los miré, volviendo a pensar en la historia de la ventana de mi casa y en quién de los dos me habría seguido a escondidas. «¿Quizá los dos, cada uno a espaldas del otro?», me pregunté. La idea me hizo sonreír.

—No es seguro que este Spirou nos conduzca en seguida a donde queremos ir —dije. Entre otras cosas porque, pensé, en realidad no teníamos la menor idea de adónde queríamos ir—. Nos podría llevar un montón de tiempo.

—Haremos turnos —propuso Lupin, que recibió la inmediata aprobación de Sherlock.

—¡Buena idea! ¿Quién de los tres empieza? —dije, haciendo que mis amigos se volvieran hacia mí con miradas estupefactas. Abrí los brazos y busqué sus ojos—. ¿Qué? ¿Qué he dicho de raro? —pregunté.

—Ni hablar, Irene, tú no... —empezó a decir Lupin con la cabeza gacha. Pero lo silenció con un gesto de irritación.

¡No daba crédito a lo que oía! Aquella era la clase de actitud que habría esperado de mi madre, desde luego no de mis nuevos amigos y compañeros de aventuras. Recuerdo que, en ese momento, sentí crecer en mi interior una rabia enorme. Respiré hondo y desfogueé aquella rabia con palabras:

—Escuchadme bien...

—Irene... —intentó interrumpirme Sherlock tímidamente, pero le hice una seña para que se callara.

—Los dos, porque no tengo ninguna intención de repetirlo. Esta aventura la hemos empezado juntos los tres: Sherlock, Lupin e Irene. E hicimos un pacto la tarde en que encontramos aquel cuerpo en la playa. Decidimos que descubriríamos lo que había ocurrido los tres juntos. Sabíamos que sería peligroso y quizá por eso precisamente lo hicimos.

—No seas niña —intervino Sherlock, cortante—. ¡Haces que esta historia suene como si fuésemos los caballeros de la Tabla Redonda!

—Puede ser —rebatí de morros—. Pero ¿qué es lo que somos nosotros tres...? ¿Nada?

—Irene, yo... —farfulló Lupin.

—¿Tú qué, Lupin? Si no hubiese aparecido mi mayordomo ayer por la tarde, ¿qué habrías hecho con tres gamberros encima de ti? Y tú, Sherlock, ¿ya has preparado la comida y la cena a tus hermanos para que tu mamá pueda jugar tranquilamente a las cartas con sus amigas? ¿Quiénes creéis que sois, eh?

Estaba furiosa. Había dicho palabras de las que, lo sabía, me arrepentiría. Respiré hondo de nuevo.

—¿No hicimos un pacto? ¿De veras que no? ¿No lo hicimos? Entonces hagámoslo ahora.

Me levanté. Tendí mi mano envuelta en vendas, con la palma hacia abajo.

—O vamos hasta el fondo los tres juntos o lo dejamos de una vez por todas.

Evité mirarlos. Mantuve los ojos fijos delante de mí, puestos en el mar. Y la mano tendida, el brazo rígido para evitar que temblara.

Lupin fue el primero en levantarse. Puso su mano sobre la mía y dijo:

—Está bien. Por mí vale. O todos o ninguno.

Una gaviota voló baja, a pocos metros de nosotros, recortándose contra el cielo nublado de aquella mañana de domingo que jamás olvidaría. Suspirando, también Sherlock se levantó. Puso la mano sobre la de Lupin, pero era tan grande que sentía el contacto de sus dedos también sobre la mía.

—Estáis locos —dijo.

—Dilo, Sherlock —musité sin mirarlo—. O todos o ninguno.

Meneó la cabeza largamente antes de decidirse.

—O todos o ninguno.

Y no excluyo del todo que Sherlock tuviese razón. ¡Quizá estuviéramos rematadamente locos!

Actividades

Responde estas preguntas en la libreta de lengua o descárgalas en un documento de word:

 *¿Qué marcas tenían Sherlock y Lupin en su cuerpo después de la pelea?*

 *¿Qué le pasó a Irene la primera vez que golpeó el saco?*

 *¿Por qué decidieron seguir a Spirou?*

 *¿Por qué crees que a Lupin y Sherlock no les parecía buena idea que Irene vigilase a Spirou?*

 ¿Qué razones dio Irene para que los chicos cambiasen de idea y la aceptaran para llegar todos juntos al final del asunto?

 ¿Qué relación tiene el título de este capítulo con lo que sucede en él?

Corregiremos las respuestas el miércoles en la clase por videoconferencia.